

# EL VALOR DEL TRABAJO

*Luigi Giussani*

El presente texto corresponde a las páginas 49-56 y 74-88 de *El yo, el poder, las obras. Contribuciones a partir de una experiencia*. Encuentro, Madrid, 2008. © Ediciones Encuentro 2008. Traducción: Isabel Almería Sebastián / Ricardo Sánchez Buendía. Revisión: José Miguel Oriol

La actual publicación fue impresa en Caracas-Venezuela en el 2010.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. El editor está a disposición de los titulares de derechos de autor con los que no haya podido ponerse en contacto.

Prohibida su reproducción

## ÍNDICE

«Siempre más allá» . . . . .	5
Donde Dios me ha puesto . . . . .	13
Del corazón el trabajo, del trabajo la obra . . . . .	25

Prohibida su reproducción

Prohibida su reproducción

## «SIEMPRE MÁS ALLÁ»\*

En el pasado Meeting de Rímini terminé mi intervención augurando que nunca nos quedemos tranquilos: era una invitación a que no nos dejemos definir por la mentalidad dominante<sup>1</sup>. Ésta, con el pretexto de que parte de la consideración del hombre tal y como es, tiene en la práctica un planteamiento eminentemente reductivo; debido a ella, quienes, ostentando el poder, no lo utilizan con la conciencia de prestar un servicio auténtico a los hombres como criaturas de Dios que son, pueden muy fácilmente no estar haciendo otra cosa que primar sus propios proyectos. Esta reducción es particularmente evidente en el trabajo, al que se considera normalmente como un factor de producción, una prestación inevitable, un destino de esclavitud ineludible, o también como un derecho (ciertamente justo) que se convierte en pretensión o, al revés, como un deber que se asume de forma moralista.

En todos esos casos la fatiga del trabajo carece de sentido, es como el esfuerzo de un hombre que caminara con los ojos vendados.

---

\* Intervención en una reunión de jóvenes trabajadores de Comunión y Liberación, Bérgamo, 1 de mayo de 1987, publicada bajo el título «Senso religioso e lavoro» en *Il lavoro dell'uomo*, Editoriale Italiana, Milán 1988, pp. 9-16. Publicada en español con motivo de la jornada sobre *Sentido religioso y trabajo*, organizada por la Compañía de las Obras España y la A. C. Charles Péguy.

<sup>1</sup> Cf. Luigi Giussani, «Dio ha bisogno degli uomini», en *La bestia, Parsifal & Superman». Il libro del Meeting '85*, a cargo de E. Neri, Ed. Meeting per l'amizizia fra i popoli, Rímini 1986, pp. 165-175.

Porque el trabajo es otra cosa: una necesidad del hombre. Es preciso comprender por qué los anteriores aspectos —derecho, deber, factor de producción, prestación inevitable para poder comer— son parciales. La palabra *necesidad*, en cambio, permite plantear la cuestión certeramente. La palabra *necesidad* se refiere a un fenómeno constitutivo de toda persona viva, del ser humano como tal, que tiene su raíz en ese impulso profundo que está dentro de nosotros al que la Biblia llama *corazón*.

Sólo siguiendo este impulso profundo se realiza la persona por entero. Comparemos la necesidad del trabajo con otras necesidades: la amistad, la diversión, la contemplación de la belleza, el arte o la naturaleza. Todas ellas son, aparentemente, aspectos particulares del deseo humano, pero su característica común es que tienden a la realización total de la persona. La palabra *necesidad* implica e indica el motor íntimo del que forman parte constitutiva —como dice nuestro libro *El sentido religioso*— ese conjunto de exigencias, de evidencias y de deseos cargados de perspectivas que empujan al hombre a realizarse como persona.

Uno de los hombres más grandes que ha habido en la historia de Occidente, cuando todavía era un joven estudiante que lideraba en París a un grupo de compañeros de la Sorbona, oyó decir un día que otro español, como él, andaba predicando de plaza en plaza. Lleno de curiosidad, ya que la gente había hecho correr el rumor de que estaba loco (pertenecía a una familia noble de alto rango y ahora iba por las calles como un mendigo hablando de Jesucristo y anunciando el Evangelio), propuso a sus amigos armar jaleo durante una de sus predicaciones. Cuando iban a entrar en la plaza en la que Ignacio de Loyola —ex capitán del ejército español— estaba hablando, el joven estudiante, que iba a la cabeza del grupo, quedó fulminado por unas palabras, una frase del Evangelio que Ignacio de Loyola repetía con voz fuerte y clara. La frase era ésta: «¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida?»<sup>2</sup>.

Desde ese momento la vida de aquel joven cambió y llegó a convertirse en el mayor aventurero de la historia; dio la vuelta al mundo dejando tras de sí más de un millón de cristianos: era

---

<sup>2</sup> Mt 16,26; Mc 8,36-37.

Francisco Javier. Éste es el concepto de necesidad: da a entender la naturaleza de los deseos que mueven al hombre y que nacen de su corazón.

Los deseos que nacen de verdad del corazón, los que verdaderamente lo constituyen, son deseos que no tienen límite, son infinitos; su horizonte es como un ángulo abierto al infinito, porque, partiendo de cualquier punto, apuntan a la realización de la persona entera.

Así es el trabajo: hasta tal punto es esto cierto que, cuando a la persona no se la trata como lo que es, el trabajo empieza a volverse mucho más pesado y llega a hacerse a veces insoportable. El hombre tiene que decir «yo» con un poco del amor que le tiene Aquel que le ha creado, porque, si el hombre ha sido hecho a imagen de Dios, no hay nada que le haga imitar mejor a Dios que el quererse bien a sí mismo. Nosotros arruinamos el amor a nosotros mismos, en el que se refleja el misterio del amor de Dios, cuando nos empeñamos en mantenernos en nuestras reacciones particulares: así lo que determina nuestra vida es la reactividad, de manera que, aun cuando conseguimos muchas de las cosas que deseamos, nos quedamos casi siempre insatisfechos. El hombre se siente insatisfecho si no percibe la correspondencia que hay entre la respuesta a una necesidad concreta y la totalidad de su persona, si no progresa hacia su destino. Los deseos del corazón del hombre son infinitos, porque el hombre no se puede reducir a sus componentes biológicos, químicos y físicos: no todo lo que el hombre es nace de su padre y de su madre. Posee algo que nace directamente de Dios y que tiene que ver con todas sus necesidades, también las materiales, lo que produce en él un hambre y una sed que ninguna cosa material logra colmar.

Por eso el sentido religioso, es decir, esa apertura al infinito, fundamenta, explica, sostiene y dilata —potenciándola ilimitadamente— cada necesidad del hombre. En cada necesidad está contenida esta perspectiva que supera todas las metas que progresivamente parece marcarse el hombre, y por eso se siente empujado a ir siempre más allá. Este «siempre más allá» es su relación con el infinito, es esa relación con Dios que no puede eludirse en la relación del hombre con la mujer, con la familia o con el trabajo. El sentido religioso es, por tanto, el factor último de todas las necesidades humanas, y, por consiguiente, también de la necesidad que es el trabajo.

*1. El sentido religioso produce la unidad en la persona que trabaja*

Gracias al sentido religioso el hombre adquiere y mantiene un compromiso total con la realidad, también cuando afronta solamente una necesidad particular. Y así, mediante este compromiso, con este descubrimiento, la necesidad nos abre paso hacia nuestro destino.

De este modo se descubre poco a poco el significado para el que está hecho el corazón del hombre, y entonces el cansancio también puede abrazarse y colmarse de sentido. Porque cuando te tratan mal resulta desesperante ir todas las mañanas a trabajar. No cabe duda de que se puede luchar para ganar cinco mil pesetas más al mes, y es justo hacerlo, pero un hombre no se satisface sólo con esto, aun limitándonos a su dimensión de asalariado. Al subrayar la importancia del sentido religioso estamos adoptando una postura que considera al hombre que trabaja en su integridad, no fragmentado, no tratado como si fuese una cosa.

Por eso todo gobierno que actúe sobre la convivencia humana desde un punto de vista tecnocrático comete un delito contra el hombre, porque éste no se puede reducir exclusivamente a factores propios de un análisis técnico o a funciones con una específica finalidad productiva: todo se pone en su lugar cuando se considera a la persona en su totalidad.

*2. El sentido religioso produce unidad entre los hombres que trabajan*

Es únicamente el sentido religioso lo que puede verdaderamente unir a los hombres, no sólo porque recuerda que todos tenemos el mismo origen y el mismo destino, sino también porque en él nos descubrimos iguales, portadores de un conjunto de exigencias y evidencias originales que constituyen el corazón de todos. Los hombres se pueden reconocer unidos únicamente mediante el sentido religioso. Entonces y sólo entonces, empresarios y parados pueden tener un ámbito de diálogo y colaboración no ficticio, que no sea abstracto.

Éste es el origen más profundo de la capacidad de compartir. No es abstracto que se junten empresarios y parados, porque en

el sentido religioso todos nos descubrimos hermanos e intuimos que estamos, de hecho, en el mismo camino. Ya no podemos desinteresarnos del otro, o interesarnos tan sólo por puro cálculo pragmático. Incluso tras realizar un puro cálculo pragmático no podemos dejar de interesarnos radicalmente por los demás. La palabra *yo* se vuelve unitaria y unificante cuando el hombre descubre el destino infinito al que le empuja cada necesidad natural, un destino de realización total de nuestra persona. Nada existe tan unitario, indivisible e irreductible dentro de la realidad como lo que significa esta palabra: destino.

### *3. El sentido religioso crea un movimiento*

Nosotros estamos unidos porque hemos descubierto este sentido religioso, esta dimensión infinita de nuestras necesidades.

Ninguno de nosotros puede permitirse el lujo de vivir teniendo como criterio de su actividad solamente el espacio angosto de sus propias necesidades. El sentido religioso nos permite estar juntos y nos obliga a vivir la vida en convivencia.

Por eso el descubrimiento del sentido religioso crea un *movimiento* que muestra con evidencia cómo el protagonista de la historia y de la existencia es el hecho humano en su integridad original: el hecho humano en su corazón, tal como lo refleja la mirada de una madre llena de amor hacia su hijo, o la mirada de un hombre que piensa en su mujer con amor natural, limpio, o el gozo y la alegría con los que se piensa en los amigos. Así ha nacido nuestro movimiento.

Pero la afirmación que me importa destacar no se refiere sólo a nuestro movimiento. Quiere ser una observación de orden general: el sentido religioso y, por tanto, la conciencia de este origen común de nuestras necesidades, es lo único que puede unir a los hombres, lo único que puede crear dentro de la sociedad (a la que el poder tiende a mantener estática y bajo control) algo irresistiblemente móvil, algo irresistiblemente creativo, algo que no se quede parado y aturdido. Por esta razón los movimientos inspiran siempre un poco de miedo a todo el que no le gusta que le molesten. El sentido religioso crea dentro de la sociedad movimientos, experiencias de unidad entre los hombres que no viven de abstracciones, sino que desean construir, cambiar la sociedad

y sus estructuras, para hacerla más acorde con la imagen verdadera del hombre y con la verdadera medida de sus exigencias. El sentido religioso crea en la sociedad un movimiento que continuamente desafía todo lo que tiende a reducir al hombre a programas preestablecidos o análisis mecanicistas. Los análisis y los programas son muy importantes, pero lo que más importa es saber cuál es la función para la que deben servir. El factor principal y decisivo es el hombre. Pero no el hombre en teoría, definido en una mesa de despacho, sino el hombre que soy yo, el que eres tú. El movimiento que nace del sentido religioso es, por tanto, un factor eminentemente progresivo y progresista, exigente, crítico en el sentido profundo del término (la palabra *crítica* en su principal acepción semántica quiere decir «saber captar el valor», y ello exige que el valor se explique, se exprese, se destaque).

Ésta es la razón por la que nuestro primer deber es construir lugares, ámbitos en los que se cultive la imagen verdadera del hombre. El valor de nuestros grupos, donde quiera que estén, estriba en construir ámbitos en los que el hombre sea tratado tal y como verdaderamente es. Es necesario comprometerse con el otro no conforme a una idea preconcebida, sino de acuerdo a lo que el otro es por su propia naturaleza.

#### *4. El sentido religioso empuja a construir obras, crea un movimiento de obras*

El sentido religioso, es decir, el verdadero sentimiento de sí propio del hombre, tiene una concreción sorprendente (como atestigua la Madre Teresa): no existe santo que no haya construido obras. Un movimiento que nazca del sentido religioso no puede dejar de afrontar en concreto las necesidades con las que se encuentra, porque buscar al hombre quiere decir toparse con sus necesidades concretas (el hombre, de hecho, existe en el interior de una trama de necesidades). Así nace la idea de la obra; no se puede estar unidos si no es creando obras.

La primera obra, recordémoslo siempre, no reside en la capacidad de crear nuevas estructuras, sino que es lo que cada uno realiza en su ambiente de trabajo: una sensibilidad ante las necesidades comunes o individuales y el uso de la inteligencia y las

energías propias para poder ayudar a la realidad del ambiente —formado por hombres— en el que está cada uno. La primera obra es crear un movimiento allí donde estemos. La invención de nuevas formas de trabajo está íntimamente ligada al despertarse de la imaginación y la creatividad, todo lo más profunda e intensamente que nos sea posible. Pero esta actitud sólo puede nacer de un asombro, de una devoción, de un amor por lo que el hombre es.

Y así la fábrica seguirá siendo lo que es, pero ya no como era antes. Donde haya una presencia que esté determinada por esta pasión por el hombre y que se exprese en forma de generosidad, constancia, imaginación y disponibilidad, el ambiente de trabajo ya no es como antes. He oído a cientos de vosotros decir: «Ahora voy al trabajo con un gusto que no me esperaba, que antes ni soñaba tener»; eso quiere decir que tú ya no haces tu trabajo de antes, sino que realizas un «trabajo nuevo», un trabajo más humano que no deja fuera ningún aspecto, ningún factor. Nada hay más concreto que el amor, porque la concreción, si se sitúa fuera o más allá del ámbito del amor, no es más que un prejuicio que se traduce en programa, en un programa que es puro prejuicio, es decir, en una ideología que busca vías de escape y explota a todo el que encuentra a su paso. Un grupo humano que se reúne teniendo presente, aunque sea confusamente, la imagen del hombre tal como Dios lo ha creado, adquiere capacidad de inventar cosas nuevas, supera todo esquema, no cae presa de los programas de moda, encuentra siempre un espacio en el que hacer que nazca una flor o una hoja nueva.

Cuando la gente se reúne de este modo se hace verdaderamente creativa, se vuelve verdaderamente protagonista dentro del mundo. Nosotros queremos ser protagonistas en el mundo del trabajo, no representando categorías, roles, intereses o corporaciones, sino representando al hombre en el mundo del trabajo.

La novedad que ha creado nuestro movimiento es ésta. Es algo tan sencillo que parece irrelevante. Por lo tanto, no nos cansemos de reconocernos unidos dentro del mundo del trabajo, en la familia, en el pueblo, en el barrio, en la sociedad entera: reencontrémonos, reconozcámonos unidos como representantes del hombre. El Papa, en su reciente discurso en la Unesco, habló de

una cultura primaria y de una cultura secundaria<sup>3</sup>. Dijo que la cultura primaria es el uso del mundo para realizar el destino de la persona, mientras que la cultura secundaria es el conocimiento y el uso de todos los aspectos particulares que forman el mundo. Así debe ser nuestra posición. El trabajo es un aspecto de la cultura que puede incluso ser sinónimo suyo, porque en el trabajo el hombre manifiesta y realiza su ideal: es la expresión con la que el hombre afirma y abraza todas las cosas que se le ponen delante para arrastrarlas hacia ese ideal. Por eso la verdad del trabajo está en lo que el Papa llama la cultura primaria, porque el uso del mundo está en función del destino de felicidad que tiene cada individuo. Pero para satisfacer este deseo de felicidad no debemos esperar al fin del mundo, o al fin de nuestra vida. La conciencia de que estamos realizando la verdad de nuestra persona y caminando hacia nuestro destino llena también de consuelo, de fortaleza y de gozo nuestro trabajo cotidiano; hace ya posible en este mundo una amistad y, por tanto, una convivencia en paz, una realización de nosotros mismos que de otra forma no se podría experimentar.

La vida sigue siendo una continua guerra si no tiende a esta paz; ésta es, en el fondo, la traducción de la frase del Evangelio: «El que me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno ya aquí»<sup>4</sup>.

Comprobar todo cuanto decimos no es algo que debemos dejar para el final de nuestra vida, cuando lleguemos a nuestro destino, sino que nos espera cada día: en una verdad, en un gusto de vivir y en una capacidad de convivir que fuera de este camino no son posibles. El sentido religioso, si se reconoce, si tratamos de vivirlo con humildad, representa el camino de la persona, del yo, del hombre: el camino de todo ser al que una madre da vida con dolor.

---

<sup>3</sup> Juan Pablo II, *El hombre y la cultura*, Alocución a la Unesco, 2 de junio de 1980, PPC, Madrid 1980, pp. 13-14.

<sup>4</sup> Cf. Mt 19,29; Mc 10,29-30.

## DONDE DIOS ME HA PUESTO\*

### 1. La utilidad de la vida

Queda claro que mi intervención representa un nivel de preocupación que es como la raíz para la planta: no se ve la raíz, pero ésta es la que determina toda la vida de la planta.

1. Lo primero es un llamamiento a recuperar el verdadero concepto del trabajo. Cuando alguien trabaja, ¿qué conciencia tiene de sí mismo? O, ¿qué quiere decir ser un trabajador? La respuesta que aflora en nosotros es más o menos la misma que en todos los demás. El cristiano no obtiene la verdadera concepción del trabajo primeramente a partir de su experiencia, sino partiendo de una «palabra» que oye, que le llega desde hace dos mil años. Después descubre que esa «palabra» explica su experiencia mejor que todo lo que pudiera decir él mismo. Al comprobar esto, nuestro ser cristianos nos permite disfrutar «el ciento por uno en este mundo».

---

\* El primer apartado (*La utilidad de la vida*) recoge la intervención en una asamblea sobre el trabajo que se desarrolló en 1971, publicada bajo el título «Essere Chiesa sul luogo di lavoro. Il punto di partenza», en *Litterae Communionis. Strumento per gruppi di comunità cristiana* 9 (1971), pp. 11-14.

El segundo (*Para que tú seas libre*) recoge la intervención en el congreso nacional de Comunión y Liberación sobre el mundo del trabajo, publicada en *Litterae Communionis. Strumento per gruppi di comunità cristiana* 11/12 (1971), pp. 40-43.

Jesucristo, en el Evangelio, definió el misterio que hace todas las cosas, el Padre, como «el trabajador» («mi Padre trabaja siempre»<sup>1</sup>).

El Dios vivo se da a conocer a través de las obras y el mundo es Su obra fundamental.

Dios hace que todo marche según Su plan. Y el trabajo es precisamente una energía que cambia las cosas conforme a un plan. El mundo es como un trozo de metal que moldea un buen orfebre.

Esto es el trabajo. En la medida en que no se tiene esta conciencia el trabajo navega en la oscuridad y naufraga. Toda la realidad es algo que se está moviendo, como una nueva vida en el seno materno. El trabajo es el cambio que el mundo está sufriendo desde el principio (se creó para eso) para la realización de un plan. *Todo* el mundo: nuestros pensamientos y sentimientos, la relación entre el hombre y la mujer, la naturaleza<sup>2</sup>. Desde el caos, al *kosmos* (en griego, «orden»). Pero el orden es la realización de un plan, del designio de Dios. Cualquier idea que esté mínimamente por debajo de esta afirmación es, por un lado, una fantasía sin fundamento y, por otro, una presunción cargada de incógnitas sin solución posible. El verdadero trabajo es el del Padre, con el que el hombre es co-trabajador, colaborador («Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra»<sup>3</sup>). El sentido y la utilidad de la vida consisten en participar en esa actividad, para ese plan, es decir, trabajar. Fuera de este ámbito no hay más que cáncer.

Dios ha elegido de toda la humanidad, de entre todos los hombres llamados a colaborar con Él, a un pueblo que fuera el camino en el que se comprende todo lo que he dicho. Fuera de este pueblo no es que todo sea malo, pero hay media oscuridad (mirad cómo en el libro de Job y en los Salmos se ridiculiza la pretensión del hombre de poner él solo las cosas en su sitio).

El trabajo, por tanto, es participar en la actividad con la que Dios realiza su designio (su Reino), que es Misterio.

El ritmo y los modos en que se realiza este plan sólo los conoce el Padre; no podemos medirlos nosotros. Y precisamente el reconocimiento de nuestra impotencia es lo que nos permite estar más tranquilos, apoyados en una roca sobre la que construir.

---

<sup>1</sup> Cf. Jn 5,17.

<sup>2</sup> Cf. Rm 8,19-23.

<sup>3</sup> Gn 1,26.

El designio y el Reino de Dios tienen un instrumento para realizarse. Dios ha venido a la tierra para trazar un camino. Dios ha venido a traernos el catalizador de todas las fuerzas, la base en la que todo, sin darse cuenta, se apoya, aquello en lo que todo toma consistencia: se llama Jesucristo. Su presencia perdura en un hecho que hay entre nosotros: la comunión cristiana. Por eso nosotros tenemos un único trabajo: realizar la comunión cristiana en el mundo. Vivir el trabajo de otro modo distinto a ése es para nosotros una traición al conocimiento que se nos ha dado. Es perder la fe, relegarla a una abstracción que nos impide considerarla como verdad (no existe la fe abstracta, la fe es la concepción de nuestra carne y de nuestros huesos, de nuestro corazón y de nuestro espíritu, de los abedules que se ven...).

Si este primer punto no se convierte en mentalidad nuestra ¿qué es lo que estaremos creando? Una realidad sin conciencia de su finalidad (y si los demás tienen excusa, nosotros no). Dios nos ha elegido para esta función: ser Camino, Verdad y Vida.

Consecuencia: realizar la comunión quiere decir recibir la santa comunión, despertarse de noche para rezar maitines, pasar el bisturí al cirujano o poner clavos en una fábrica («Ya comáis, ya bebáis...»<sup>4</sup>).

¿Qué es lo que nos permite ponernos a dialogar y a colaborar con las fuerzas del mundo, sino esta concepción nuestra global? Si nuestra concepción no es global, es que estamos alienados, somos como los demás. Y entonces el ideal se reduce a perder cada vez más nuestro rostro frente al mundo. Por el contrario, hace falta volver a poner la esperanza en lo único que poseemos, en nuestra única riqueza («pues quise saber entre vosotros sino a Jesucristo y éste crucificado»<sup>5</sup>), que envuelve toda nuestra vida.

2. Colaboremos en la actividad del Padre con todo lo que somos, con todos los factores de nuestra personalidad:

- a) dotes, temperamento, capacidad;
- b) una determinada historia y, por tanto, ciertas inclinaciones;
- c) un determinado ambiente, lo que implica la necesidad de hacer ciertas cosas determinadas; este punto es el que permite comprender el valor que tiene la «competencia».

---

<sup>4</sup> 1 Cor 10,31.

<sup>5</sup> 1 Cor 2,2.

El primer punto no elude esta consideración, simplemente la pone en su sitio, que es el de una modalidad respecto a lo esencial. Esto es importante, sobre todo porque no consideramos *nada* de lo que hacemos inútil.

Cuando uno tiene que tomar una decisión importante, no terminaría jamás de decir «pero», «sí», «¿será lo justo?», «¿será éste mi camino?»; porque todo en este mundo es aproximativo. Lo que hace que las cosas sean perfectas y realmente adecuadas no son nuestras previsiones, sino el designio de Dios.

Por eso, igual que debemos usar todo lo que nos indica nuestro temperamento, nuestra historia y nuestro ambiente social, con todo lo que ello nos exige, debemos también usarlo con mucha libertad, porque lo importante es otra cosa. Lo que hacemos es profundamente útil. No importa que uno haya tenido que estudiar otra cosa distinta de lo que hubiera querido, o que esté realizando cierto trabajo y no otro... cuando algo es ya un hecho, ¡que no se frene el empuje de la vida por los «¡si hubiese hecho otra cosa...!».

Todo es aproximativo y, a la vez, todo es extremadamente útil. En el mundo no cuenta nada más que «la nueva criatura»<sup>6</sup>. Por un lado, todo lo que hacemos es útil, de cualquier modo en que nos hayamos metido en ello. Esto no significa que uno no intente cambiar las situaciones, cuando éstas son extremadamente difíciles, pero sin angustia, sin ansiedad, sin el «¡ah, si hubiera hecho eso...!». El problema es que tú no *estás ahí*; intenta *ser* allí donde estás y ya verás... Por otro lado, precisamente el primer punto que hemos tocado hace que seamos extremadamente sensibles a cualquier señal de llamada de Dios, nos hace estar atentos a toda la riqueza de nuestras inclinaciones y nuestros progresos particulares, es decir, a nuestra «competencia». Por tanto, hay que tener una gran libertad frente a lo que hacemos y, al mismo tiempo, una atención extrema para valorar todas las capacidades que tenemos. Por eso, por ejemplo, siempre hemos insistido en el concepto de movimiento entre nosotros, de compañía, de amistad: porque esto potencia el resultado de lo que hacemos. Si tú y yo y otro más tenemos la misma concepción de las cosas, debemos de alguna manera obrar juntos, según la disponibilidad que tengamos, porque intentar estar unidos quiere decir colaborar

<sup>6</sup> Cf. Gal 6,15.

más con la Santa Madre Iglesia e intervenir más en la sociedad. Y si la sociedad tiene miedo de esto, es porque no lo entiende bien o porque tiene otras preocupaciones (de orden o de poder, etc.). Precisamente nuestra postura, que subraya el carácter aproximativo que tiene de todo lo que hacemos, debe disponernos a no dejar de utilizar todas las consecuencias de la riqueza específica que Dios nos da.

3. El trabajo, como colaboración con el plan de Dios, mi aportación específica con todas las características que Dios me ha donado, debe realizarse *allí donde estoy*, donde Dios me ha puesto. Tengo que ser (primer punto) y tengo que utilizar lo que tengo (segundo punto), allí donde estoy (tercer punto). El primer punto muestra, sintéticamente, la nueva mentalidad, la revolución *cultural* de la que todos debemos tender a ser actores. Es la nueva conciencia, la conciencia distinta de nosotros mismos; mi ser cristiano es ser una sola cosa con Cristo y con los hermanos a los que el Padre ha llamado.

Ésta es una afirmación extremadamente operativa para mi lugar de trabajo, o con mi mujer y mis hijos, porque tiende a darle la vuelta a todo. Me permite juzgarlo todo, pero no me da tregua. Es sugerente, pero incómodo. En el lugar en que estoy, el punto de apoyo de toda mi energía, lo que me hace ser distinto de los demás, me permite un comportamiento distinto y, según el plan de Dios, me hace producir una realidad social distinta, empezando por cada compañero de trabajo. La clave de mi personalidad no está en algo que deba hacer, en una iniciativa que deba tomar (encuestas, huelgas, o comisiones internas), aunque sea necesario hacerlo también. La clave de todo es mi fe, mi ser, la nueva conciencia de mí mismo, la conciencia de pertenecer al hecho de Cristo, la relación de comunión que tengo con los otros. El verdadero sujeto nuevo que cambia el mundo (con resultados cuyo ritmo sólo el Padre conoce) es mi relación de comunión con los otros dos, o con veinticuatro, entre los diez mil que trabajan conmigo.

Los primeros cristianos convirtieron al mundo suscitando este juicio: «¡Mirad cómo se aman!».

No es tu empresa lo que hay que cambiar, sino tú el que debes *ser* y *estar*; con las personas que el Padre te da. Está claro que, cuando uno *está* en un determinado puesto, habla, reflexio-

na, actúa, etc., pero todo eso es una consecuencia. Tendemos a dar por supuesto que: «Somos cristianos, por tanto, estamos en comunión; ahora vamos a ver qué hay que hacer». Y así, nuestras relaciones siguen siendo exactamente como las de los demás. No creamos así un «hecho nuevo», sino tan sólo alternativas a las propuestas de los comunistas o de los fascistas que son de la misma naturaleza que éstas. Por el contrario, alguien quizá se sienta un «don nadie», pero entiende que lo que importa en la vida es el hecho de Cristo, el mantener vivo este hecho a través del reconocimiento recíproco con los que entienden estas mismas cosas. Intentarán cambiar sus relaciones mutuas y, al mismo tiempo, cambiarán las relaciones con todos los demás. Es la caridad, no en sentido moralista, sino como reconocimiento del hecho de Jesucristo. Por ejemplo, entre dos esposos, la caridad es reconocer el hecho de que Cristo está presente entre el hombre y la mujer, que es todavía más profundo que la atracción afectiva que les ha unido. La unidad, la estabilidad de su relación no reside en su afecto (porque en este nivel naturalista todo el mundo llega a sentir la necesidad del divorcio).

Como método, lo importante no es pisar el acelerador en lo que estamos haciendo, sino nuestra contrición frente al Padre, la meditación del hecho de Cristo, la *memoria* del hecho de Cristo. En esto es en lo que debemos profundizar, y automáticamente crecerá la diferencia en el modo de llevar a cabo nuestras acciones. Por el contrario, si pisamos el acelerador para cambiar nuestros actos, corremos el riesgo de alterar el valor cristiano de la cuestión, es decir, de volver nuestra postura voluntarista y moralista y, por tanto, hacer que nuestra conciencia sea más bien farisea. El resorte que nos impulsa a avanzar es algo que parece no tener nada que ver con el trabajo: la *fé* en Cristo.

## *2. Para que tú seas libre*

El significado de una reunión como ésta reside en devolvernos el ánimo y superar nuestra timidez, viendo el coraje que tienen otros y la gracia que supone algún resultado bueno que ya hemos logrado. Con las palabras de nuestros amigos volvemos a llenarnos de esperanza y nuestra conciencia tiene menos excusas para permanecer dormida.

Uno de nosotros ha utilizado en su intervención una frase que creo puede valer como título de esta meditación, pues es un buen índice del motivo que nos anima: «No sabíamos cuánto necesitaba el mundo a Cristo». Cuánto necesita el mundo a Cristo, no cuánto le necesitan en el Paraíso o las almas, sino el mundo, la vida.

Nosotros vivimos y sentimos las necesidades reales que tienen todos, la necesidad de la salud del cuerpo, la necesidad de ser respetados y de vivir en la justicia.

Y nos damos cuenta de que todos —sindicatos, intelectuales, partidos— parten de nuestras necesidades comunes, verdaderas todas ellas, para acabar diciendo una gran mentira. ¿Cuál es la mentira? Que no se trata sólo de la necesidad de tener un salario, de tener un seguro, de hacer que se escuche nuestra voz en la fábrica, unos junto a otros; que se trata de la vida, que es una y lleva en sí todas estas necesidades y muchas más.

Lo que indica la concreción de la vida, su totalidad y su unidad, es la palabra «persona». Todos los políticos, todos los sindicatos, todas las ideologías toman en consideración sólo una u otra de nuestras necesidades, de tal modo que nos reducen a segmentos, y nuestra persona permanece a disgusto, en resumen, no se nos libera.

En fin, se subrayan muchas verdades, pero todas ellas están en función de una gran mentira: el aplastamiento de la persona.

Porque la palabra «liberación» sólo puede referirse a la persona. La palabra «libre» tiene un solo sujeto, *la persona*. No son libres los bolsillos o ciertas estructuras de relación. O la persona es libre o está aplastada: éste es el complejo fenómeno que ninguna política tiene interés en considerar. Pero tampoco podría hacerlo, porque las ideologías que gobiernan estos partidos, estos sindicatos o estos movimientos políticos, no nacen nunca de una experiencia humana completa, sino que son fruto de intelectualismos, no por casualidad todos sus dirigentes son intelectuales.

Recientemente, en un congreso de sindicalistas, un profesor de sociología pronunció un discurso totalmente cargado de citas de Lenin y de Marx y la frase en la que centró su intervención, toda ella tendente a incitar a la acción, fue la famosa frase de Lenin: «Ésta es la hora en que no es posible escuchar música, porque la música da deseos de acariciar la cabeza de los niños, mientras que ha llegado el momento de cortársela»<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Cf. M. Gorki, *Lenin*, Aguilar, Madrid 1993.

¿Qué padre, qué madre puede tener una esperanza de liberación en estas condiciones? No existe liberación ninguna en estas condiciones: todos hablan de la liberación del hombre, es decir, de su concepto de hombre, pero su concepto de hombre no existe; existo yo, existes tú, existen tu mujer, tus hijos, tus compañeros de trabajo.

La concreción de la vida está encerrada en la palabra «persona», porque es la persona la que vive la globalidad, el conjunto y la unidad de todas las necesidades. Cristo decía a Satanás: «No sólo de pan vive el hombre»<sup>8</sup>. Nosotros queremos la liberación en serio, no nos conformamos con remediar algo que, al final, deja las cosas como están. Nos acusan de ser abstractos porque, en el fondo, no llegan ni siquiera a esperar que la liberación sea posible. De este modo, al no esperar la liberación, ponen toda su pasión, toda su rabia, todo el furor de su actividad en determinados resultados que son, en sí mismos, solamente una parte de lo que espera el hombre.

Por eso, en ciertos casos podemos colaborar con ellos; pero hay un salto que nos sentimos obligados a dar precisamente por la seriedad con la que deseamos la liberación del hombre, nuestra liberación.

El salto de la fe brota de algo profundamente humano, muy concreto, y la esperanza que ponemos en ese salto se basa en la conciencia de no eludir ni siquiera la necesidad más minúscula de la vida cotidiana.

«Repetid lo que yo he hecho por vosotros»<sup>9</sup>, ha citado alguien antes, y es una frase que resume un mandamiento del Evangelio.

Otro ha dicho: «Nosotros no vamos con un 'discurso' a nuestros compañeros; les proponemos un hecho que ha nacido a su lado, en su misma empresa».

Un *hecho*. Repetid lo mismo que yo *he hecho*. Tenemos que crear el hecho cristiano. La realidad de la Iglesia en el mundo pasa a través de ese hecho, por mínimo que sea, que es nuestra presencia en la fábrica, en la empresa, allí donde estemos. Todo el trabajo ulterior, de estudio, de búsqueda, se basa en la Iglesia que es nuestra esperanza, el instrumento que Él nos ha dejado para continuar su Redención: la liberación del mundo. Precisamente

---

<sup>8</sup> Mt 4,4; Lc 4,4.

<sup>9</sup> Cf. Lc 22,19.

por eso, para nosotros no es un dogma, no es algo absoluto lo que nuestro trabajo consiga obtener. Los demás nos acusan de dogmáticos, de integristas, pero ¡intentad ir contra su opinión! No podréis entrar en la Universidad Estatal si no sois de su opinión, no podréis haceros oír en las asambleas de fábrica.

Sólo en la medida en que nuestra esperanza —y, por tanto, toda nuestra acción— se apoye en el hecho único, cierto, que es la presencia del misterio de Dios entre nosotros, podremos ser libres, estar llenos de atención, estar siempre dispuestos a contribuir al bien dondequiera que lo veamos. San Pablo decía a los cristianos de Salónica: «Examinadlo todo y quedaos con lo bueno»<sup>10</sup>, que es la mejor definición de crítica que yo haya leído nunca.

Por tanto, decir que la Iglesia es nuestra esperanza y que nuestro método de acción es crear el hecho, no significa eludir ninguna realidad humana. Afirmar esto no es una simpleza, sino realizar nuestra identidad: éste es nuestro rostro, nuestra teoría, nuestro modo de obrar en el mundo. De igual modo que nuestros objetivos tienen en la persona su finalidad global, también la clave de una presencia de liberación pasa a través de *tu* persona.

«El amor de Cristo nos apremia, al pensar que si uno murió por todos, todos murieron con él; y murió por todos para que los que viven no vivan ya para sí, sino para quien murió y resucitó por ellos»<sup>11</sup>. «Que no vivan ya para sí mismos»: ninguna teoría humana ni ningún movimiento suscitado por el hombre podrá jamás superar esta afirmación. «Que no vivan ya para sí mismos»: esto sólo puede suceder si nos basamos en una realidad más grande que nosotros, en Dios, pues de otro modo nos perderemos inevitablemente.

«Así que, en adelante, ya no conoceremos a nadie según la carne, aunque en un tiempo también nosotros miramos a Cristo con los ojos de la carne»<sup>12</sup>.

Dejar de mirar según la carne, daos cuenta, quiere decir tener una conciencia nueva: no existe una conciencia colectiva; el que obra eres tú, el que está en tu empresa eres tú. El punto de apoyo de todo es tu persona: en una fábrica con treinta mil empleados

---

<sup>10</sup> 1 Ts 5,21.

<sup>11</sup> Cf. 2 Cor 5,14-15.

<sup>12</sup> Cf. 2 Cor 5,16.

un hombre así hace presente algo, mientras que quinientos cristianos que no sean así, en una empresa de mil personas no hacen presente nada.

Es verdad que lo que estoy diciendo, en lo que estamos embarcándonos, no es nada fácil, no se trata de una perspectiva mesiánica para conquistar el mundo. Conquistaremos el mundo, sí, pero la victoria que vence al mundo es nuestra fe<sup>13</sup>. Y la victoria de la fe sobre el mundo se llama historia, la historia de Dios, cuyos caminos no son nuestros caminos, ya que ante él mil años son como para nosotros *una dies*<sup>14</sup>. Pero aunque no veamos nunca ese hecho clamoroso, nuestro camino estará lleno de milagros, de una experiencia en la que Dios nos hará sentir que la nuestra es la verdadera vida, la vida eterna, aunque el esplendor completo de nuestra vida permanezca a la espera de Su venida.

Cristo está en la vida, está en todo, en la comida y la bebida, pero no podremos jamás meterlo en las ideologías mundanas, en la presunción con que la cabeza del hombre trata de arreglar las cosas. Pondremos las cosas en su verdadero lugar y el mundo será más libre sólo en la medida en que apoyemos todo en el hecho de Cristo.

«Como el Padre me envió, también yo os envío»<sup>15</sup>. Somos cristianos para esto, se nos ha elegido para esta misión. Si no es éste el significado de nuestra presencia, nuestra fe se volverá timorata, disminuirá, se perderá.

Intentemos leer, adaptada a los tiempos modernos, la carta a los Gálatas. Creo que, aunque la conozcamos bien, puede servirnos de nuevo para la edificación común.

«Mirad la claridad con que os digo esto. Todos los que quieren obtener vuestro voto o vuestra adhesión os obligan a seguir sus ideologías, con el único objetivo de no sentirnos perseguidos por el ambiente social en el que estáis; para estar tranquilos, os dicen, seguidnos y así os aceptaremos. Y miradles: ni siquiera ellos observan lo que dicen, alzan sus voces contra los dueños y ellos os instrumentalizan, como los patronos: en otro sentido, sí,

---

<sup>13</sup> Cf. 1 Jn 5,4.

<sup>14</sup> Cf. Sal 90 (89),4.

<sup>15</sup> Jn 20,21.

pero como los patronos. Ni siquiera ellos mantienen lo que dicen, pero quieren que vosotros les sigáis, para tener en vuestra carne un motivo para pavonearse, para tener a sus espaldas una gran masa [ésta es la perfecta definición de la política]. Yo, por mi parte, sólo quiero presumir de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo [ésta es una profunda provocación: si el mundo es esclavitud, lo nuestro es la liberación. Ésa es la victoria que vence al mundo, el reto de nuestra fe]. Porque ni la derecha ni la izquierda tienen valor; lo que vale es la nueva criatura. Paz y misericordia a todos los que vivan conforme a esta regla. Por lo demás, hermanos, que nadie me importune, porque yo ya llevo conmigo la experiencia dolorosa de esta fe»<sup>16</sup>.

Afirmar nuestra fe, afirmar el «hecho», es el único medio de esperanza para nosotros y para el mundo, aunque las consecuencias puedan ser las que indica el sexto capítulo de la segunda carta a los Corintios, la cual os recomiendo que leáis y meditéis.

---

<sup>16</sup> Cf. Ga 6,11-17.

Prohibida su reproducción

## DEL CORAZÓN EL TRABAJO, DEL TRABAJO LA OBRA\*

Lo visible nace de lo invisible: la obra nace de algo que puede parecer sentimental o abstracto, pero que no lo es.

Jesús, en el Evangelio, define así a Dios: «Mi Padre es el eterno trabajador»<sup>1</sup>. Con esta afirmación indica que el trabajo es la expresión del ser.

El Misterio que hace todas las cosas tiene una dinámica expresiva que se fundamenta en su realidad trinitaria, pero que se refleja fuera de sí mismo, creando. Y es desde esta creación a la que pertenecemos como comprendemos las palabras de Jesús: «Mi Padre es el eterno trabajador». La palabra trabajo, atribuida al Misterio que lo hace todo, indica, pues, que el ser se expresa. Y, en efecto, todo, como si le imitara irresistiblemente, se mueve.

1. También para nosotros el trabajo es expresión de nuestro ser. Esta conciencia es lo que permite respirar verdaderamente al trabajador que está durante ocho fatigosas horas delante de su banco de trabajo, así como al empresario que está decidido a desarrollar su empresa.

Pero nuestro ser —eso que la Biblia llama «corazón»: coraje, tenacidad, astucia, esfuerzo— es sed de verdad y de felicidad.

---

\* Intervención en la Asamblea Nacional de la Compagnia delle Opere, Milán, 5 de diciembre de 1987. Publicada con el título «Vivere con gioia la terra del Mistero», en *Grandi Quaderni-Litterae Communionis* 1987. Ahora también en *L'avvenimento cristiano*, Rizzoli Bur, Milán 1993, pp. 87-91.

<sup>1</sup> Cf. Jn 5,17.

No existe ninguna actividad, desde la más humilde del ama de casa a la más genial del arquitecto, que pueda sustraerse a esta búsqueda de la satisfacción plena, de la plenitud humana: sed de verdad, que parte de la curiosidad por adentrarse en el enigma misterioso de la investigación; sed de felicidad, que parte de la instintividad y se ensancha hasta alcanzar esa concreción digna que es lo único que puede salvar al instinto de corromperse por un falso y efímero goce. Este corazón es lo que impulsa cualquier empresa que llesves a cabo. Toda la vida está obligada por esta lógica: no existe ninguna otra fuente de energía que obligue y posibilite más que ésta a cuidar todos los aspectos, incluso los más pequeños, del trabajo que realizas.

Llamamos «sentido religioso» al «corazón» del hombre: la sed de verdad y de felicidad se dirige al bien último, al significado total, que excede nuestras posibilidades de imaginarlo o definirlo. Y que es, precisamente, la razón de todos nuestros actos: el sentido religioso es el culmen de la razón, porque la razón es la conciencia de la realidad con la totalidad de sus factores.

Ahora bien, la sociedad no agota la totalidad de nuestros factores: no somos sólo engranajes de un mecanismo o ladrillos del edificio social. No agota nuestro ser la finalidad social.

El trabajo debe también servir y estar en función de la verdad y la felicidad a las que aspira *personalmente* el hombre. La encíclica *Laborem exercens* afirma en este sentido que el objetivo del trabajo es el hombre y no el trabajo en sí<sup>2</sup>.

Y es justo decir que cualquier obra, en el fondo, es una plegaria abierta tanto al sentido religioso de quien tiene fe como de quien no la tiene, porque el sentido religioso, tal y como lo hemos descrito, lo tenemos todos.

2. ¿Cómo puede el hombre mantener vivo este «corazón» frente al cosmos y, sobre todo, frente a la sociedad? ¿Cómo puede mantenerse en la positividad y el optimismo (porque no se puede obrar sin optimismo)? La respuesta es que solo no puede, pero sí implicándose con otros. Estableciendo una amistad operativa (convivencia, compañía o movimiento), es decir, una asociación más copiosa de energías basada en el reconocimiento mutuo.

---

<sup>2</sup> Juan Pablo II, *Laborem exercens*, Carta encíclica del 14 de septiembre de 1981, San Pablo, Madrid 1997.

Esta compañía será más consistente cuanto más permanente y estable sea el motivo por el que nace. Una amistad que nazca del interés económico dura lo que dure el juicio acerca de su utilidad. Por el contrario, una compañía, un movimiento que nazca de la intuición de que el objetivo de una empresa excede los términos de la empresa misma y que ésta es un intento de responder a otra cosa mucho más grande, en fin, un movimiento que nazca de la percepción de ese corazón que todos tenemos y que nos define como hombres, establece una «pertenencia».

Cristo ha establecido en la historia la pertenencia a una realidad cuya suprema preocupación es el destino que permite que las iniciativas humanas surjan de su verdadero origen, de su verdadero corazón: esta realidad es la Iglesia.

En su comunicado al Meeting de Rímini (el 29 de agosto de 1982), Juan Pablo II dijo que el objetivo de la Iglesia es construir «la civilización de la verdad y del amor»<sup>3</sup>. Un objetivo terreno: porque es a partir de la existencia de una humanidad mejor en el tiempo, en la historia, como se deduce la presencia de un factor que la sobrepasa.

Éste es el concepto evangélico de «milagro»: el milagro es una humanidad que nunca se habría dado como resultado de un proyecto o una operación. No es la plenitud definitiva (ésa llegará al final de los tiempos), pero sí una prenda de ella en el ahora.

El cristianismo ve en este mundo un adelanto del paraíso; una señal que consiste precisamente en que la humanidad mejora allí donde la hipótesis cristiana se acepta y se realiza.

En muchos sectores de la Iglesia todo esto se omite (y en algunos casos se niega incluso teóricamente). Esto pone más de manifiesto el valor que tienen los movimientos, es decir, ámbitos que tienden a extenderse y en los que el valor humano e histórico de Cristo y de su Iglesia se toma en serio («Quien me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno en este mundo»)<sup>4</sup>.

La Compañía de las Obras es la expresión de uno de estos ámbitos.

La exigencia original del hombre tiende así a su reconocimiento social. No por casualidad la *Mater et magistra* de Juan XXIII coloca entre los derechos fundamentales del hombre

<sup>3</sup> Juan Pablo II, «Cristo è la più grande 'risorsa' dell'uomo», op. cit., p. 987.

<sup>4</sup> Cf. Mt 10,29-30; 19,28-29; Mc 10,28-30.

el derecho a la libertad de asociación<sup>5</sup>. Por eso, ya sea en el ámbito del Estado o en el de la Iglesia, cualquier intento de limitar la libertad asociativa es síntoma de despotismo. Al contrario, la pertenencia a la Iglesia a través de la dinámica asociativa aumenta la libertad expresiva y operativa.

En las asociaciones la libertad encuentra más espacio y seguridad: la libertad es la pertenencia en una actividad libre.

El cristianismo vivido así genera un fenómeno operativo que no tiene límites: tiende a penetrar en todo el horizonte de las expectativas humanas. Dice un texto reciente del *Samizdat*: «El único problema verdaderamente importante para los creyentes, la salvación de Cristo, no nos oculta la riqueza y la complejidad de la vida, sino que las ilumina con una luz nueva. Sólo una respuesta universal (a todos los problemas de la existencia) puede ser auténticamente cristiana. El pensamiento cristiano debe ser la voz de la plena verdad de lo que se vive cotidianamente».

3. Un corolario. La libertad de movimiento e iniciativa para imaginar y obrar es una cuestión de vida o muerte para la civilización, y lo es también para la democracia. Según la libertad que se conceda a este espacio para el trabajo que nace del corazón y se sostiene asociativamente se mide el nivel de democracia que promueve cada poder, su respeto a la libertad (porque la libertad de asociación es el derecho que más repele al poder).

El gobierno de una sociedad tiene que tener como primera preocupación favorecer y valorar lo que nace del corazón del hombre y toma consistencia de forma asociativa.

Éste es el único criterio para juzgar cualquier realidad política o comportamiento político. De hecho, el hombre que posee el sentido de su propio corazón, hasta hacer de él un origen de compañía y de amistad, también tiene el sentido del sacrificio que se necesita para ordenar y hacer que crezca toda la sociedad.

---

<sup>5</sup> Juan XXIII, *Mater et magistra*, op. cit.